



uento

Recepción: 3 de junio de 2012

Aceptación: 13 de agosto de 2012

* Universidad Autónoma del Estado de México,
México.

Correo electrónico: josefinagonzalez@gmail.com

Cánta, canta

Josefina García González*

La última vez que la vi pasar, el cielo se adornaba con un sol naranja. En la sombra de un bondadoso árbol, pude admirar su larga cabellera y la magia voluptuosa con la que simulaba una serie de figuras caprichosas. Negra cabellera, tan negra, se contoneaba y me invitaba al pecado. Imaginé de inmediato sus enormes muslos. Levanté la mirada. Entonces, pude notar el vínculo estrecho de la cabellera con el movimiento de su cadera ruidosa. Tanto erotismo me distrajo de mi tarea. Cerré el cuaderno gris para concentrarme en su caminar: paso a paso, ella arrojaba un andar cadencioso y producía en mi corazón un ritmo intenso y constante. Verla andar era un deleite, un edificio al placer. Toda ella transpiraba sensualidad, pero no en un concepto común. Más que eso, al moverse, colapsaba todo a su alrededor, todo se quedaba quieto, casi podía escuchar el roce de su entrepierna y pensé: debe ser dionisiaco hacerle el amor a ese cuerpo, tocarlo palmo a palmo, sentir su piel sudorosa, tan húmeda, tan cálida... ella.

Interrumpí esas ideas en cuanto mi esposa apareció. Me sorprendió de nuevo en la fantasía, en el letargo que me hacía abandonarla... en ese estado tan peculiar que sólo "ella" provoca. Mis sentidos tristemente abandonaron el sosiego de mi alma al recrearla. Ciertamente, hace mucho que Isaura no despierta mis sentidos, aunque me

casé enamorado. Recuerdo cuánto trabajé para reunir el dinero necesario para casarnos. Organicé, sin dudar, la boda soñada por sus padres y por ella, pero... apenas tengo un registro vago de mi emoción por estar al fin juntos. ¡Ay, Isaura! Cómo desearía mirarte con ese deseo, sentirte a distancia, soñarte y poseerte sin tocarte.

Mi esposa y yo nos unimos un apacible atardecer de octubre en la iglesia de su pueblo. Cada detalle del festejo fue perfecto: los padrinos de velación, el vestido de novia, los encajes, una larga cola. El templo se adornó con flores blancas, su ramo tenía dos orquídeas azules. El sacerdote nos regaló un sermón sumamente emotivo. El pastel tenía más de diez pisos. Hubo tanta comida que fue posible invitar a las dos familias más las amistades. En fin, Isaura dijo: "Mi boda fue lo que siempre, siempre deseé".

Por ello, no le interesó mucho cuando después de la consabida luna de miel, le expliqué que no me había alcanzado para el refrigerador. —No te apures corazón, además que a mí las bebidas frías me hacen daño; lo importante es que estamos juntos en nuestro nido de amor. Verás, la suerte nos dará un refrigerador muy pronto.

Lo que llegó enseguida fue nuestro primer hijo y a los dos años una niña. En realidad el refrigerador tardó mucho más en llegar a casa; al final, decidí comprarlo en abonos porque a Isaura

siempre sí le interesó tener hielos en casa para cuando llegaban sus primas, o por si a los niños se les antojaba algún helado o gelatina. No sé dónde o cuándo se perdió ese motivo que me hacía buscarla como un loco: esperarla como un santo en un noviazgo de más de doce años. Jamás comprenderé por qué a los cuatro años de matrimonio se terminó el deseo. La quiero, sí, profundamente. Amo a Isaura cuando la observo limpiar enfiebreada la casa, lidiar con los niños, servirme de comer con esmero, hacerme el amor con platos y ensalada. Me demuestra que me ama porque plancha con frenesí mis camisas, como alguna vez me besó. Nada de eso, sin embargo, ha impedido que escuche el "canto". Aclaro, sólo le he puesto atención, aunque arda en deseo, todavía no he acudido a buscarla. Me detengo por Isaura, por los niños.

Hace meses que mi delirio me abandonó. No la he visto pasar más y extraño sus formas, su ropa ajustada, ese perfume que llegaba hasta mi taller tan intensamente que el olor de los motores y la gasolina se perdía para dejar únicamente esa estela aromática que entorpece mis sentidos. El silencio me trastorna, un sudor desesperado me recorre la nuca. Repentinamente, ahí está de nuevo, ¿escuchan? Es su canto, cuando camina canta sin abrir la boca, es un canto exquisito, arrobador. ¿Qué buscará en mí? Soy un humilde

hombre, insulso, absurdo, resignado a no sentir más pasión que la de un digno esposo. Su canto me atrapa, no pienso, me arrastra...

¡Basta! Deja de cantar —mi grito hace que clientes y empleados me miren curiosos—. Je, je... una pesadilla —les digo apenado—.

Tres años más transcurren. Su canto eriza cada poro de mi agotado cuerpo. He tenido que aferrarme a mi amor por Isaura, a mi manera, no quiero jamás abandonar sus aburridos brazos. Es cierto, no hacemos el amor, pero hacemos familia, hacemos sociedad, eso cuenta. No debo dejarla para intentar lo que pudiera ser mi felicidad, el amor en su expresión más intensa. Sería estúpido creer que un hombre como yo pueda reunir valor para una segunda oportunidad. Además, ella y su canto son demasiado hermosos para mí; si con mirarla, cada mañana, no puedo trabajar, hay que imaginar lo terrible que sería tenerla todo el tiempo. Creo que no podría más que perderme de manera absoluta. Bendita rutina, quiero morir en ti.

Sin embargo, ella nunca detuvo su canto, su melodiosa existencia continuaba hasta que..., confieso, una mañana de enero, con el sol de cómplice, cedí plenamente; me entregué a su canto. Fui a buscarla desesperado, la abracé, me aferré a sus piernas y la encontré dispuesta para volar a mi lado. Le pregunté ¿me has visto bien? Soy un vulgar mortal. Ella simplemente siguió cantando y yo me perdí en esos sonidos organizados y suaves... luego, frenéticos y exasperantes. Nos emborrachamos de pasión; en su talle supe morir para renacer. El éxtasis permaneció en nuestra guarida, dejamos al olvido los imposibles. Por no sé cuánto, pensamos que sólo existíamos ella y yo. La amo profundamente cuando camina, cuando canta. La observo recorrer mi piel con su boca, con arrebatos me acaricia, me sube al cielo. Me demuestra que

me ama porque toda su atención es mía, reímos juntos de cualquier tontería. Tiene tanto color en su existencia que colma lo que toca. Mi esencia era tan deslucida como la de Isaura, pero ella la ha pintado de rojo intenso. Mujer multicolores, no dejes de cantar.

Isaura se enoja, está cansada de mi ausencia. Quiero un marido no un robot —me gritó—. Debería darle lo mismo, pero no. Ambiciosa como todas las mujeres, me lleva al psiquiatra. ¡No estoy loco! —atiné a defenderme débilmente, pero el médico diagnóstico alucinaciones—. Le expliqué mi enamoramiento y su canto, pero él se atrevió a tratar de demostrar que ella nunca existió. Fuimos al escondite de mis amores y en su lugar encontramos un muro enorme. No pude defenderme, ni siquiera supe nunca su nombre, sólo tenía la certeza de su fuego en mi fuego, de su humedad minando mi cordura. El médico no aceptó mis argumentos y sentenció implacable: —esquizofrenia, definitivamente.

Isaura fue feliz, más vale loco que infiel. Te acercaré a Dios —dijo—. Desde entonces el cura del pueblo tuvo un singular monaguillo. Las personas se compadecían de mí, con tal de verme iban a misa cada domingo. “Resignación hija —decía el párroco—, son misteriosos los designios divinos”, fascinado con lo generoso de las limosnas. Mi mujer, con cara de mártir, me tomaba del brazo, me llevaba a casa, me sentaba en un sillón que era ya mi espacio infinito, y con un beso en la frente se entregaba a las labores cotidianas. Le amo —pensé—. No quería dejarla, pero es inevitable, el canto me persigue.

¡Canta, canta, mi dulce sirena!
¡Te concedo mis recuerdos! ¡Canta, canta! Mi amada mujer multicolor, te otorgo mi identidad. Seré como tú:

inexistencia. Canta, canta que te escucho. Soy tuyo desde hace mucho, me tienes en tus manos ¡Canta... canta!

Es necesario interarlo, ya no reconoce nada ni a nadie —fue lo último que alcancé a entender—, y luego el llanto de Isaura, mientras yo seguía pidiendo

¡Canta, canta!



Caliope

